

“MIL SIGLOS DURARÁ NUESTRA MEMORIA”. EL SUSTRATO HISTORIOGRÁFICO DE *LA NUMANCIA* DE MIGUEL DE CERVANTES

Pablo de la Fuente de Pablo*

Abstract. The core of this work is the study of the sources used by Miguel de Cervantes while writing his tragedy entitled *La Numancia*, which relates events from the final stages of the Third Celtiberian War (133 BC). Did the author use primary sources or only secondary ones? Another objective of the paper is to explain that although, for the most part, the plot follows historical events, there are some points in which it departs from both geographical and historical truth. The question tackled in the paper is: what are the reasons behind breaking the process of the recreation of the historical events?

Keywords: Miguel de Cervantes, *La Numancia*, history, sources, reenactment.

Palabras clave: Miguel de Cervantes, *La Numancia*, historia, fuentes, reconstrucción.

* Universidad Católica Juan Pablo II de Lublin, Raławickie Avenue 14, 20-950 Lublin, Polonia, pdela Fuente@kul.lublin.pl.

1.

Conocer al dueño de la Historia

Poco antes de morir, Cervantes en el *Viaje del Parnaso* (v. 109) decía del gran historiador Luis Cabrera de Córdoba: “es de la historia conocido dueño”. ¿Quién o quiénes fueron los “dueños” de los que el Príncipe de las Letras extrajo el trasfondo histórico de *La Numancia*? ¿Usó fuentes primarias o secundarias?

Una cuestión previa es definir, en este caso puntual, qué es fuente primaria. Una cuestión compleja dado que, en sentido estricto, ninguno de los autores clásicos cuya literatura sobre el tema se ha conservado pueden ser considerados así por la historiografía. Atendiendo a que la fuente primaria es un documento histórico y la secundaria el resultado de una investigación, lo escrito sobre la Guerra de las Galias por Julio César sería un relato primario, en tanto en cuanto fue protagonista de excepción de los hechos. Si se considera que el conflicto numantino acabó en el 133 a. C. y que Apiano y Floro, referentes obligatorios de dicho suceso, vivieron a caballo de los siglos I y II, no se puede decir en puridad que sean fuentes primarias. La perspectiva temporal de dichos autores romanos sobre los hechos que narran es similar a la que la historiografía actual pueda tener sobre la Guerra de la Independencia. Sin embargo, serían primarias si se considera desde una óptica mucho más amplia. De esta manera lo serían al considerarse, tanto sucesos como textos, legado de la Antigüedad para autores medievales, modernos y contemporáneos que han escrito sobre Historia Antigua.

Aclarado este importante punto, la tesis que se va a sostener en este trabajo es que Cervantes documentó su tragedia *La Numancia* en fuentes secundarias, entendiendo éstas como textos surgidos de la pluma de cronistas: coetáneos como, fundamentalmente, Ambrosio de Morales, y, en menor medida, Esteban de Garibay; o próximos como fray Antonio de Guevara o Diego de Valera. Canavaggio (2000: 97) dice basarse en los trabajos de una cervantista francesa, que supuestamente ya habría precisado hace décadas la estrecha relación entre la crónica de Morales

y la fábula cervantina. Sin embargo, es una mera especulación expositiva sin una conclusión clara ni un análisis factual comparativo. Aleccionador al respecto es que Laffranque (1967: 272) –la susodicha experta de marras– escriba que “Cervantes part de l’histoire ancienne, ou plutôt de la magistrale synthèse qu’un historien contemporaine, Ambrosio de Morales, venait de composer”. Como puede apreciarse, no se deja claro si Cervantes se documentó a partir de las fuentes clásicas o lo hizo basándose en la historiografía coetánea. Poco tiempo después, Shivers (1970: 1–2) incidió sobre el asunto cimentando que fueron los historiadores romanos la fuente principal del escritor alcalaíno. En contra de esta opinión, Álvarez Martí-Aguilar (1997: 547) es categórico en señalar un “modelo de visión de la Antigüedad y de la Historia de España generado en las producciones historiográficas coetáneas”. Como contraste, no deja de ser exquisitamente curioso leer a Cortadella (2005: 560) cuando afirma que “parece que [Cervantes] no siguió ninguna obra histórica (ni antigua ni moderna) sino que se inspiró en la tradición popular”. Todo ello sin acabar de concretar del todo en qué consiste dicho acervo cultural forjado por el paso del tiempo. Decir esto, más cuando este autor cita la obra del cronista Ambrosio Morales (1575), es una preocupante negación de la evidencia. Sin duda alguna, la contribución posterior de Baras Escolá (2009: 18ss) ha establecido un nexo más sustancial entre el cronista y el dramaturgo. Este trabajo se propone ahondar en este camino.

La obra de Morales reviste una excelente calidad historiográfica. No solamente por la riqueza de citas que contiene de autores como Apiano, Floro, Tito Livio, Estrabón, Cicerón, Plutarco, Eutropio, Julio Frontino, Plinio, Valerio Máximo, Velejo, Vegetio, Paulo Orosio o San Agustín, sino por el meticuloso análisis crítico. Sin duda, es un maravilloso referente para basar una fábula dramática que ahorra a Cervantes un proceloso trabajo de documentación, no sólo por su disparidad, sino también por su accesibilidad. Por ejemplo, en el caso del relato de Apiano del sitio de Numancia, la fuente primaria que con mayor detalle trata el suceso, no había traducción al español en el momento en que el Príncipe de las Letras escribió la obra.

Determinante a este respecto es que en la tragedia se plantea una cuestión que en modo alguno aparece en las fuentes primarias. Esta es la localización de Numancia respecto a la geografía de la España aurisecular. Un polémico asunto que en modo alguno pudieron plantearse Apiano o Floro, entre otros, y que sí aparece en las fuentes secundarias. Un tema en el que Cervantes detuvo su atención, ya que en la didascalia de la última escena de la Jornada Primera tres muchachos representan alegóricamente “tres riachuelos que entran en Duero junto a Soria, que en aquel tiempo fue Numancia”. No tan sólo podría considerarse una culta acotación respecto a un vivo debate que, tal y como se podrá apreciar, había existido décadas atrás. El río Duero es explícito al referirse a los mozalbetes-afluentes: “Con Obrón y Minuesa y también Tera” [v. 449].

La polémica ubicación de Numancia es uno de los fundamentos capitales que aporta certeza sobre el trabajo del dramaturgo a partir de fuentes secundarias. La crónica de Ambrosio de Morales (1574: 102) –el principal texto con el que Cervantes documentó la tragedia– se localiza “poco mas de vna legua mas arriba de donde agora esta la ciudad de Soria, a la puente que llaman de Garay, junto al rio Duero, y pocas leguas abaxo de su nacimiento, en vn collado pequeño y no muy leuantado”. En modo alguno es una digresión baladí, ya que la localización de la antigua Numancia había sido una cuestión abierta a la discordia. Por contra, el cronista Diego de Valera (1499: 23) –otra fuente secundaria en que se basó la fábula dramática– dedica uno de los capítulos de su obra a la campaña del “consul Cipion africano menor sobre çamora co[n] muy gran hueste”. Sin la menor duda se refiere a los hechos analizados, ya que Valera le deniega el triunfo al general romano dado “que el no avia ve[n]cido a los numa[n]tinos”. O sea, los zamoranos serían los herederos de Numancia.

La delimitación del solar numantino fue una cuestión de enconada discusión durante buena parte del siglo XVI. Así, toda la reflexión en torno a esta cuestión de Antonio de Guevara (1541: 10v–13) en sus *Epístolas familiares* radica en su papel como árbitro en el desafío entre el duque de Nájera y su tío el arzobispo de Se-

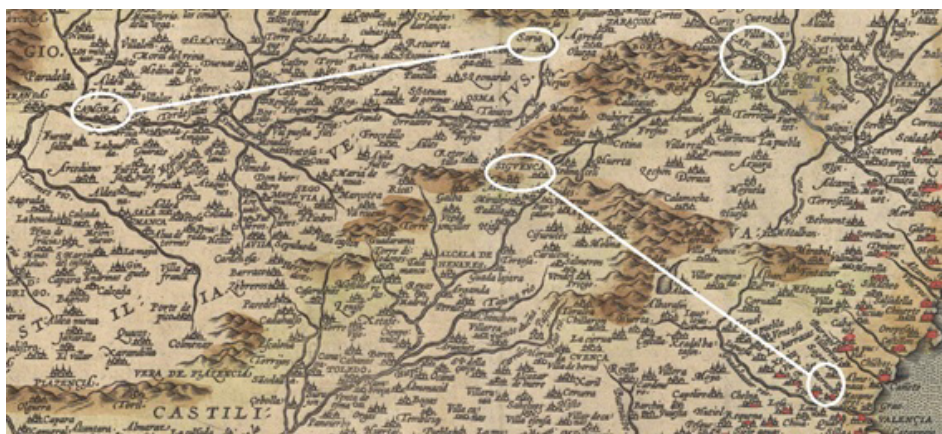
villa¹. Lo rocambolesco de la disputa era, lejos de centrar el debate entre Zamora y Soria, discernir “qual destas dos ciudades fue numancia: es a saber ciguença o mo[r]viedro”. Hacia 1527, el debate Soria-Zamora había cambiado al eje Sigüenza-Sagunto. Con acertado criterio, Guevara (1541: 11v–12) no da por vencedor a ninguno de los polemistas, localizando la ciudad “cerca de la ribera de duero y no lexos del nascimie[n]to de aquel rio”, concluyendo que los numantinos “eran los de soria”. Abundando en lo dicho, parece ser que a mitad del siglo XVI dicha cuestión había sido aquilataada. Así expone Morales (1575: 104v) “la discordia sobre donde estuuu, afirmando vnos, que la ciudad de çamora, y otros que fue cerca de la ciudad de Soria” en su obra *Las antigüedades de la ciudades de España*, que conoció la imprenta al año siguiente del mencionado volumen de su ya citada crónica. El origen zamorano se fundamentaba en ‘vn priuilegio de mas de seiscientos años atrás’, a partir del cual se daba por “cosa llana y aueriguada, que çamora era la antigua Numancia”. Dicho documento medieval fue muy convincente, ya que “en la misma opinion perseueraron todos dozientos años despues”, y en él se basó dicha localización en las obras de Lucas de Tuy y de Alfonso X El Sabio.

Morales localiza Numancia cerca de Soria al ser una cuestión que ya había solucionado su admirado paisano Juan Ginés de Sepúlveda “en una de sus epistolas que andan impressas, escrita al Condestable de Castilla”. La citada carta de Sepúlveda al duque de Frías fue escrita en latín en 1545, en una fecha posterior al ya referenciado arbitraje de Antonio de Guevara². Dos son los argumentos de peso que confirmarían la teoría soriana:

¹ Hermanastro del poeta Jorge Manrique, el futuro cardenal D. Alonso Manrique era, además de arzobispo, Inquisidor General. El cronista Luis Salazar y Castro (1697: 452) documenta que a “este mismo año [1527], ò al antecedente, corresponde la amigable disputa que el Arçobispo tuvo con el Duque de Nagera D. Antonio su sobrino, sobre la antigua situacion de Numancia, para cuya determinacion eligieron arbitro à Fray Antonio de Guevara” y que más tarde conocería la imprenta en sus *Epistolas familiares*.

² El documento de 1545 fue publicado a finales del siglo XVIII por la Real Academia de la Historia. *Vide* Sepúlveda (1780: 200–204).

- El argumento de peso de Sepúlveda se fundamentaría en la apreciación de distancia efectuada por el geógrafo griego Estrabón: “intervallum etiam prodit octingentorum scilicet stadorium, id est, leucarum nostrarum vigin-tiquinque, quo Numantia distat a Caesaraugusta”. Los ochocientos estadios griegos, equivalentes a veinticinco leguas castellanas, equivalen al aproximadamente cente-nar y medio de kilómetros que separa actualmente Soria de Zaragoza.
- Además, Sepúlveda coincide con el criterio ya citado de Guevara basándose en los clásicos “qui de situ orbis scripse-runt, tum Romani, tum etiam Graeci Numantiam circa Du-rii fontes collocarunt”.

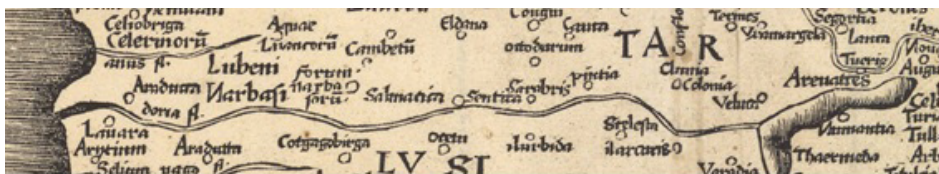


Durante las primeras décadas del siglo XVI existió un vivo debate sobre la localización de la antigua Numancia. A la polémica Soria-Zamora, se unió una controversia entre los Manrique de Lara se disputaban si era Sigüenza o Murviedro. Posiblemente, uno de los litigantes se decantó por esta última dado el espectacular conjunto de vestigios clásicos, cuya importancia hizo que el municipio en 1868 tomara su nombre de la Antigüedad, Sagunto, protagonista también de un sonado asedio durante la Segunda Guerra Púnica. La identificación con Sigüenza es posible que se debiera a una localización errática a partir de la lectura de Estrabón.

Fuente: elaboración propia a partir de IGN*: 11-F-12

* La cartografía antigua reproducida en este trabajo son documentos públicos y, por tanto, a tenor de la legalidad vigente, de uso libre para fines científicos, procedente del fondo de Mapas Antiguos del Instituto Geográfico Nacional. Cada documento se refiere con debida su signatura y el acrónimo IGN, oficial de la institución.

A este último punto cabe añadir que ni Guevara ni Sepúlveda dan la fuente clásica sobre dicha localización de la ciudad en el nacimiento del mencionado río. Morales (1575: 104v-105) no sólo precisa que dicho autor es Plinio, sino que además lo corrobora dado su conocimiento arqueológico del yacimiento: “lo he visto y las grandes señales de antigüedad que en el se muestran, obligan a creer esto mismo”.



En estas dos ilustraciones, ambas detalles de dos ediciones de la Tabla Segunda de Europa de Ptolomeo, puede constatarse la problemática localización de Numancia reflejada en las impresiones cartográficas. Arriba se aprecia la edición de 1513 de Martin Waldseemüller, en que no aparece localizada Numancia ni en Zamora, ni en Soria, ni en otro punto del valle del Duero. Por el contrario, abajo, en la impresión de Mercator de 1579 –pocos años antes que Cervantes se pusiera manos a la obra– ya se aprecia la localización sobre el río Duero. Puede verse la referencia de Caesaraugusta –la actual Zaragoza (en la imagen siguiente a la derecha)– que Estrabón situaba a ochocientos estadios de Numancia.

Fuente: IGN: 32-D-45/47



Detalle de la *Hispaniae Veteris Descriptio* (1586), elaborado en la misma década, tan sólo poco años después, que La Numancia cervantina y que ilustra la Hispania romana desde una base cartográfica coetánea, corrigiendo la proyección ptolemaica. Puede apreciarse la localización precisa del Numancia (arriba a la izquierda) en la confluencia del Duero con el Tera. También se aprecia la referencia de Caesaraugusta/Salduba –la actual Zaragoza (en medio a la derecha)– que Estrabón situaba a ochocientos estadios de Numancia.

Fuente: IGN: 41-K-3

Si el tema de la localización arqueológica de Numancia es una evidencia del proceso documentación inherente a la creación dramática a partir de fuentes secundarias, los esfuerzos llevados a cabo para ilustrar que Cervantes pudo trabajar a partir de fuentes primarias no han obtenido un resultado ni mucho menos convincente. Esteban Naranjo (2016: 105–106), cuando analiza el fin de los numantinos no acaba de decantarse claramente si dicho episodio lo documentó el autor de *La Numancia* a partir de fuentes primarias o secundarias. Por un lado, recoge que Morales tuvo a Apiano como una obra de referencia, mientras que Cervantes acabó optando por el desenlace que apunta Floro, cuya obra traducida al español había visto la imprenta en 1550³. Lo cierto es que Morales (1574: 134v) recoge ambas versiones:

³ Floro (1550: 115) narra que “siendo cercados [los numantinos] & puestos en gra[n] estrecho mataro[n] primero a sus hijos & mugeres, y despues assi mesmos po no venir en manos de los Romanos”.

- Por un lado la de “no se hallo vn solo Numa[n]tino, q[ue] pudiessen aprisonar por catiuo”, tal y como “encarece esto Lucio Floro”.
- Como relato contradictorio “Appiano Alexa[n]drino cue[n]ta algo differe[n]te de la matança... q[ue] algunos quedaron biuos”. Sin embargo, la opinión del cronista es categórica al desechar dicha posibilidad: “yo sigo a Titio Liuiio, Orosio Floro y Valerio Maximo, q[ue] concuerda[n] y son de mucha authoridad”.

Ello no fue óbice para que Morales (1574: 135v), aceptando la verosimilitud del suicido colectivo, no dude del “triumpho [de] Scipion de Numancia, con quedarle ta[m]bien el renombre de Numa[n]tino, sobre el q[ue] ya tenia de Africano”.

Pese a su notabilísima aportación, Esteban Naranjo (2016: 109) vuelve a estar indecisa al valorar la procedencia primaria o secundaria del episodio de la muerte de Teógenes, relato original de Valerio Máximo y que el Príncipe de las Letras incorpora a la fábula trágica. Nuevamente, Morales (1574: 134) refiere dicho suceso “como celebra Valerio Maximo, Theogenes vn principal Numantino, [que] puso fuego a todo su barrio”.

De lo expuesto, se infiere que no hay ninguna prueba determinante de que Cervantes trabajara a partir de los clásicos a fin de recrear su tragedia. Tal y como se expondrá, cuando abandona a Morales como sustrato fundamental de su fábula, recurrirá a otras fuentes secundarias. Ello en buena medida se explica debido a que *La Numancia* fue una obra que se gestó en pocos meses. Cervantes volvió a España del cautiverio a finales de octubre de 1580, y la tragedia ya se estaba escribiendo en los primeros meses de 1581⁴. Tal y como ya se ha hecho mención, haber recurrido a las fuentes clásicas habría supuesto un prolijo proceso documental.

⁴ Esta tesis la expongo en un trabajo titulado “*Es la que agora sola ha sido*”: análisis del trasfondo político de *La Numancia*, ponencia presentada en un congreso cervantino que tuvo lugar en Varsovia en diciembre de 2016.

2.

Un nuevo arte de hacer tragedias

Una cuestión como la influencia del *Romance de como Cipión destruyó a Numancia* de Juan de Timoneda (1573) en *La Numancia* cervantina es un tema, dado el carácter epistemológico del presente estudio, que no se puede obviar. Jean Canavaggio (2000: 98–105) ya ha mostrado la relación de dicho romance con la crónica de Valera, concluyendo que dicha obra poética es una recomposición del anónimo *Romance de los Numantinos*, aparecido anteriormente. Fuera cual fuese la relación entre Timoneda y Cervantes, lo que sí se puede probar fehacientemente es que el Príncipe de las Letras se documentó a partir de la crónica de Valera. La evidencia de que así fue radica en el nombre de Bariato que da al último de los inmolados numantinos. Ni Timoneda, ni las fuentes que pudieron inspirar su romance lo llaman así. En el capítulo XVII, Valera (1499: 22) alude a que antes del cerco de Numancia “se leua[n]to vn pastor natural de çamora llamado Uariato”. Cabe volver sobre la cuestión de que Zamora, según este cronista, se correspondía a la antigua Numancia. Así pues, el Viriato o Bariato cervantino sería numantino, y no lusitano, por obra y gracia de la lectura de Valera. Aunque descontextualizado, Viriato es, ante todo, la encarnación de la resistencia a la opresión romana. Lógico es, por tanto, que Cervantes lo hiciera aparecer en escena ahistóricamente como el último numantino.

Ya fuera de manera directa o indirecta, el poeta valenciano se ajusta a lo narrado por Valera. Así, el último numantino en suicidarse, según Valera (1499: 23) “un moço de hedad de doze años”, encarnado por el Bariato cervantino, es un jovenzuelo “que á trece años no ha llegado” en el romance de Timoneda (1573). Como puede apreciarse, la única discontinuidad es que el cronista localiza Numancia en Zamora, mientras que el poeta lo hace en Soria:

E como Cipion demandasse que le fuesse dado el triu[n]pho
a tan gran victoria deuido: fuele denegado diziendo que el

no auia ve[n]cido los numa[n]tinos: mas ellos mismos se auian vencido. Pero con todo esso no queriendo amenguarle su honor: el Senado madaua qye boluiesse a *çamora* con aquel moço: y lo pusiesse sobre una torre dela [sic] ciudad y le diesse las llaves della enla [sic] mano (*Crónica* de Valera [1499])

Vuélvese Cipion á Roma,
solo el mochacho ha llevado:
pide que triunfo le den,
pues á *Soria* habia asolado.
Visto lo que Cipion pide,
el triunfo le han denegado,
diciendo, no haber vencido,
pues ellos lo habian causado.
Lo que Roma determina
por sentencia del senado:
que Cipion vuelva á *Soria*,
y que al mozo, que ha escapado,
le ponga sobre una torre,
la mas alta que ha quedado,
y allí entregue las llaves
(*Romance* de Timoneda [1573])

Cervantes, aunque sigue este hilo, simplifica este episodio inserto en la Jornada Cuarta, ya que tal y como se manifiesta en la didascalía que lo introduce como “Bariato, muchacho desde la torre”, éste se encuentra sobre la muralla sin haber sido capturado vivo, lo que añade carácter épico a la tragedia. Es él quien le anuncia a Escipión que la conquista de Numancia no le va a suponer triunfo alguno:

Si en Numancia queréis entrar por fuerte,
haréislo sin contraste, a pasos llanos;
pero mi lengua desde aquí os advierte
que yo las llaves mal guardadas tengo
de esta ciudad, de quien triunfó la muerte [vv. 2325–2329]

En el episodio del suicidio de Bariato, arrojándose desde la torre, coincide tanto con la crónica como con el romance:

E como el moço se vido sobre torre: dexo caer las llaves q[ue] enla mano tenia.[sic] y dixo no plega alos dioses q[ue] el triu[n]fo q[ue] mis ante passados tu no ganaste lo ganes por mi. y alli dexosse caer de la torre y dio fin a sus dias (*Crónica de Valera* [1499])

Ni por mi te den el triunfo,
habiendo solo quedado:
pues nunca lo ganaste
de los que ante mí han
pasado.—
Estas palabras diciendo,
con las llaves abrazado,
se echó de la torre abajo
con ánimo muy osado
(*Romance*, de Timoneda 1573)

Tened, romanos, sosegad el brío,
y no os canséis en asaltar el muro;
con que fuera mayor el poderío vuestro,
de no vencerme estad seguro.
Pero muéstrese el intento mío,
y su ha sido el amor perfecto y puro
que yo tuve a mi patria tan querida,
asegúrelo luego esta caída
(*La Numancia*, vv. 2384–2391)

De lo visto se infiere que Timoneda no fue un agente indispensable en el proceso cervantino de documentación histórica. Tanto el suicidio del último numantino, como la localización arqueológica precisa son cuestiones referidas anteriormente por otros autores. Cabe contemplar al poeta y editor valenciano más como un agente catalizador en la génesis creativa. Fundamental a este respecto, tal y como documenta Fernández Álvarez (2005: 188ss), fue la estancia del Príncipe de las Letras en la ciudad del Turia a finales de 1580, en los meses previos a la gestación de *La Numancia*⁵. La existencia del susodicho romance pudo ser un

⁵ *Vide supra* nota 5.

exponente poético que estimuló la creación de la fábula cervantina. No sólo cabe significar la cercanía del convento trinitario en que Cervantes se alojó con respecto a la librería de Timoneda, sino al hecho –tal y como apunta Palacín (1952: 243)– de que tanto en *Los Baños de Argel* como en el *Viaje del Parnaso*, Cervantes recuerda que Timoneda había sido el editor de la obra de su admirado Lope de Rueda. En este contexto cabría entender al poeta y editor como un auténtico activista cultural en una Valencia, en cuya efervescencia como polo teatral Haverbeck (1988: 9) ambienta la posterior evolución dramática de un Lope de Vega exiliado de la corte, así como el origen de su *Arte nuevo de hacer comedias*. Por analogía podría establecerse que la hornada de dramaturgos pre-lopescos, con una vanguardia teatral de autores valencianos como Andrés Rey de Artieda o Cristóbal Virués, generarían todo un arte nuevo, en este caso, de hacer tragedias. De Armas (1998: 112) o Kahn (2008: 124–125) han definido *La Numancia* como una tragedia aristotélica de tintes senequistas. A ello viene a converger Giuliani (2009: 16–18) considerando el influjo de Séneca sobre los tragediógrafos de aquel período como una característica de la dramaturgia española que, más que nada, se acentúa dentro de un proceso de dignificación del teatro popular en que Valencia desarrolló un papel crucial.

Sobre este punto, una fuente primaria de excepción es el diálogo entre el cura y el canónigo inserto en *El Quijote* [I, 48]. Este último, desesperado por lo que se podrían considerar como disparates lopescos, ilustra la discusión sostenida con un actor en que le recuerda el portentoso éxito de “tres tragedias que compuso un famoso poeta de estos reinos”, a lo que el farandulero le responde que “debe decir vuestra merced por La Isabela, La Filis y La Alejandra”. Al igual que el Fénix de los Ingenios, tampoco se menciona explícitamente al autor de esas piezas, Lupercio Leonardo de Argensola. Lo interesante es que dichas tragedias, tal y como apostilla el canónigo, “guardaban bien los preceptos del arte”, lo que no fue óbice para no agradar al público.

El hecho de que Cervantes, por boca de su personaje, considere las tragedias de Argensola como ajustadas al canon, introduce el análisis estructural de *La Isabela* y *La Alejandra*, ambas coetáneas

a *La Numancia*, ya que *La Filis* no ha llegado a nuestros días. Tanto Fradejas Lebrero (2005–2006: 221) como Frolidi (2005: 254) coinciden en que originalmente, al igual que la obra cervantina, ambas eran de cuatro actos. Frolidi (2005: 255–256) ve en *La Alejandra* la huella de tragediógrafos italianos como Ludovico Dolce o Giraldo Cinzio. Dicho juicio de valor viene como anillo al dedo si se considera la respuesta del cura al canónigo de *El Quijote* [I, 48] en que asevera que “los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos”. Los forasteros ajustados a la norma, en este caso, serían Dolce o Cinzio; mientras que como máximo perpetrador nacional de desaguizados se atisba en el horizonte la figura de Lope de Vega.

La vigencia de la tragedia clásica en la dramaturgia aurisecular es un tema casi inagotable. Sin embargo, se puede afirmar que la poética aristotélica durante este período fue, más que un patrón, un referente aproximativo para crear una tragedia ajustada a los nuevos tiempos. Pese a la influencia foránea observada, *La Isabela* y *La Alejandra* –al igual que *La Numancia*– son polimétricas, adoptando versos de arte mayor y menor además del endecasílabo que caracteriza la monométrica poética italiana. Pese a este nexo común de la tragedia española, también cabe ser categórico a la hora de ver que cada dramaturgo hispano anduvo su propia senda. Como contraste a este aspecto viene a colación el tema del horror senequista como sucedáneo de la catarsis aristotélica. Paradigmática a este respecto es *La Alejandra*, en que, sin ánimo de ser exhaustivo, se asiste a estremecedoras escenas como el dantesco descuartizamiento de Lupercio –trasunto del autor–, el tremebundo suicidio de Alejandra en que se arranca y escupe la lengua a su inductor, o la atrocidad de Acoreo al arrojar a sus enemigos las cabezas decapitadas de sus hijos. Por el contrario, cabe moderar los tintes senequistas que De Armas (1998: 112) aprecia en *La Numancia*. Cuestiones tan morbosas como la nigromancia, el canibalismo o el suicidio son abordadas con mucho tacto a fin de no menoscabar el buen nombre de los protagonistas.

Dentro de estas nuevas vías abiertas, Andrés (1998: 550) ha establecido muy acertadamente un claro paralelo de las figuras

alegóricas de *La Numancia* con el papel del coro de la tragedia griega. El propio Cervantes en el prólogo de sus *Ocho comedias y ocho entremeses* (1615) afirma haber sido “el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando las figuras morales al teatro”. Sin embargo, el propio Andrés (1998: 545–546) recoge la refutación de dicha invención por parte de la crítica literaria mostrando diversos precedentes que pondrían en cuestión la afirmación cervantina. Sin duda, el más pertinente en este caso es el de la Fama –una de las figuras alegóricas de *La Numancia*– ya utilizada por el jesuita Pedro Pablo de Acevedo. Sin querer dar más vueltas a un debate que sobresale de los márgenes de este trabajo, lo cierto es que Cervantes poco antes de morir, se veía a sí mismo como un innovador teatral. Y en este sentido, lo que sí es irrefutable es que Cervantes haciendo protagonista hasta al más humilde de los numantinos abre una vía en este arte nuevo de hacer tragedias. Así es dado que rompe con la poética aristotélica (1453b) que daba dicho rol trágico a “quienes gozan de gran reputación y prosperidad, por ejemplo, Edipo, Tiestes, y los hombres de prestigio de familias ilustres”.

3. De Clío a Calipso

Una de las cuestiones que no acaban de casar entre la crónica de Morales y la Primera Jornada de la fábula cervantina es la asincronía entre la asunción del mando por parte de Escipión y la marcha de sus tropas hacia Numancia. Cervantes localiza ante Numancia el momento en que Escipión se pone al frente del ejército y empieza a arengar a sus tropas afirmando que “de esta ciudad los muros son testigos” [v. 77]. La citada ciudad no es otro que su objetivo, que más explícitamente refiere:

tan pocos españoles, y encerrados,
defiendan este nido de Numancia [vv. 115–116]

La secuencia de los hechos por parte de Morales (1574: 130) es algo diferente, tal y como se aprecia en el título del capítulo VIII: “El remedio que Scipion puso en los vicios del exercito, y como començo la guerra, y lo que hizo en Palencia”. Las tropas de Escipión llevaron una serie de acciones previas al asedio a lo largo del valle del río Duero a fin de destruir cualquier posible apoyo logístico u operacional a los numantinos. El cronista es categórico ya que “este trabajo y esta industria, entendía que era menester, para osar parecer delante de] los Numantinos”. Así, es lejos de Numancia cuando Escipión toma el mando y se propone, antes de acometer cualquier operación, disciplinar a sus tropas. Sin embargo, Cervantes volvió a la crónica de Morales cuando refiere las medidas tomadas a cabo para meter en cintura a sus soldados. Así reza la arenga de Escipión:

De nuestro campo quiero, en todo caso,
que salgan las infames meretrices,
que de ser reducidos a este paso,
ellas solas han sido las raíces.
Para beber no quede más que un vaso,
y los lechos, un tiempo ya felices,
llenos de concubinas se deshagan,
de fajina y en el suelo se hagan [vv. 129–136]

Dicha octava real inserta en la alocución del general romano refleja una lectura pormenorizada del párrafo final de la página 130 de la crónica de Morales:

- Con respecto al tema de la prostitución se dice que “echo del real las rameras, que llegan, segun todos se cuentan, a numero de dos mil”.
- En relación a lo parco de la vajilla, “ningun soldado consintio, que uiesse mas aparato para su seruicio, de lo que para guisar vn assado, o vn cozido, fuesse menester, y vn solo vaso para la beuida”.
- Y respecto a los lechos para la tropa “quitoles los colchones, y el fue el primero que hizo hazer su cama de solo heno”.

Cabe manifestar que el contenido de dicha arenga también es recogido por otras fuentes secundarias como Guevara (1541: 12) y Garibay (1571: 184).

Otra de las asintonías entre la Jornada Primera de la fábula teatral y el relato histórico de Morales se produce en la secuencia entre el cierre del cerco por parte del ejército romano y la misión de los parlamentarios numantinos en son de paz. Tal y como ya apuntó Shivers (1970: 5), las infructuosas negociaciones con Escipión se producen [vv. 225–304], en contra del relato histórico, antes de que sus tropas se pongan manos a la obra en el bloqueo. Para mayor abundamiento, las órdenes de Escipión, tras la retirada de la embajada, son explícitas:

Ejercítense agora vuestras manos
en romper y cavar la dura tierra
y cubrirse de polvo los amigos
que no lo están de sangre de enemigos.
No quede de este oficio reservado
ninguno que le tenga preeminente.
Trabaje el decurión como el soldado,
y no se muestre en esto diferente.
Yo mismo tomaré el hierro pesado
y romperé la tierra fácilmente [vv. 325–334]

Estos últimos versos, en que el general se decide a tomar la pala y a cavar como un soldado más, denotan su carácter ejemplar ante sus hombres, cuestión que también recoge Morales (1574: 134v) cuando refiere que “en todo trabajo Scipion era el primero”.

Llegados a este punto, una clave fundamental es explicar el porqué Cervantes mete en una única jornada la llegada de Escipión, su arenga correctiva y la embajada numantina avanzándola al cierre del cerco romano. Una clave analítica fundamental a este respecto se encuentra nuevamente en *El Quijote* [I, 48], en el ya citado diálogo que establecen el cura y el canónigo, en que este último alude explícitamente a que “no fue disparate La Ingratitud vengada, ni le tuvo La Numancia” ni otras que cita y que “han sido compuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado”. La réplica del cura aporta dos elementos capitales:

- El primero es cuando se interroga sobre “¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda ya hecho un hombre barbado?”.

- El otro aspecto considerado como desquiciante es “que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun, si fuera de cuatro jornadas” –como es el caso de *La Numancia*– “la cuarta acaba en América”.

Además de un ataque velado a la dramaturgia de Lope de Vega, una de tantas cuchilladas que se han dado, se dan y se darán en la república de las letras, Cervantes por boca de sus personajes saca a la palestra dos de las tres unidades dramáticas de la tragedia clásica: tiempo y lugar.

A diferencia de la epopeya, la poética aristotélica (1449b), recomienda poner límite temporal a la tragedia que debe “mantenerse en cuanto es posible dentro de un ciclo solar, o cerca de esta medida”. Cabe considerar como elemento capital que ya existe un recorte temporal, ya que la obra cervantina tan sólo aborda la parte final de la Guerra de Numancia (134–133 a. C.). Como contrapunto, el Bariato cervantino –un mozo de doce años que, como se ha visto, es el último numantino en inmolarse– ni tan sólo habría nacido si el dramaturgo hubiera considerado la fábula desde el inicio de la guerra, pues “diez y seis años son, y más, pasados” [v. 117] cuando Escipión toma el mando. Sin duda alguna, una escena más ridícula, si cabe, que la apuntada por el canónigo quijotesco. Por ello, *La Numancia* se centra en la parte final del conflicto, en el momento en que Escipión se une al ejército romano. Sin embargo, dicho periplo final se prolonga, aproximadamente, durante un año y medio, que es condensado en cuatro jornadas que se insertan cada una de ellas en un día y que, si se analiza con detalle, no son totalmente consecutivas. La Jornada Primera, en el fondo, viene a sintetizar los prolijos prolegómenos del asedio. Además, incluye la embajada numantina, que se hace aparecer en escena antes de que las tropas romanas hayan cercado a los numantinos. Ello se debe a poder secuenciar dicha legación dentro de la jornada. Si Cervantes se hubiera atenido a la diacronía histórica descrita por Morales, esperando al cierre del cerco para la aparición de los plenipotenciarios, habría sobrepasado la unidad de tiempo, al haber un período de varios días, e incluso semanas, entre la orden ejecutiva de Escipión y la finalización de los trabajos de excavación y terraplenado que comportaba la materialización del cerco.

Precisamente, el ínterin en el cual las tropas romanas construyen la circunvalación que bloqueará Numancia es el período entre las dos primeras jornadas. En estos términos se expresa la alegórica España sobre una desesperada ayuda del río Duero en que el asedio de Numancia no ha acabado todavía de cerrarse:

Y pues sola la parte por do corre
y toca a la ciudad el ancho Duero,
es aquélla que ayuda y que socorre
en algo al numantino prisionero,
antes de que alguna máquina o gran torre
en sus aguas se funde, rogar quiero
al caudaloso y conocido río
en lo que puede, ayude al pueblo mío [vv. 417–424]

El aludido dispositivo romano con que finalmente se tratará de impedir el socorro fluvial es descrito, tomando como fuente a Apiano, de esta manera por Morales (1574: 132v–133): “salían algunos de Numancia por el río Duero, que bañaua los muros, y mucho les ayudaua, para no estar del todo encerrados, y para que por allí entrasse alguna prouision”. Los numantinos atravesaban el cerco romano a través del Duero “çabullendose por el agua, otros en barcas con grande furia de remos, y otros esperando el viento que soplasse muy rezio, y uan y venian en sus barcas sin estoruo, y metian en la ciudad mantenimientos”. Ante la imposibilidad de construir una presa, dique o puente fortificado, Escipión ordenó construir “en cada riberá vn castillo, y con grandes maromas puso atadas de vno a otro [margen] vigas muy gruesas, que estauan en el agua, y tenian hincados en alto y al traues muy largos clauos, y puntas de hierro, que estoruauan bien el passo a las barcas, y aun a los nadadores”.

Una vez que el cerco se haya cerrado, la única esperanza que queda es, en boca de una España *mater dolorosa*, que las crecidas del río destruyan el dispositivo:

Si tú, con tus continuos crecimientos,
de estos fieros romanos no te vengas,
cerrado veo ya cualquier camino
a la salud del pueblo numantino [vv. 437–440]

En consonancia con el salto de la fábula en el entreacto, el numantino Teógenes, al iniciarse la Jornada Segunda afirma: “tiénennos los romanos encerrados” [v. 541]. Dicho paréntesis diacrónico en la recreación histórica es amalgamado, tal y como se ha señalado, por la irrupción de las figuras alegóricas. La aparición de estas últimas al final de la Jornada Primera, una vez que todos personajes que han actuado en dicho acto se han retirado de la escena, entre otras cosas pretende rellenar el lapso de tiempo de varias jornadas reales o días entre las jornadas escénicas o actos. Tanto es así que en la Jornada Segunda la inanición ha empezado a causar estragos, quejándose un anónimo numantino del “insufrible hambre macilenta” [v. 601], dándose los primeros muertos por esta causa. De esta guisa se despacha Milbio respecto del cadáver al que el nigromante Marquino pretende hacer volver a la vida:

Habrá tres horas que le di el postrero
 reposo y le entregué a la sepultura
 y de hambre murió, como refiero [vv. 954–956]

A colación de los sacerdotes, merece la pena detenerse en el hecho de que los numantinos adoran al panteón romano: Júpiter, Plutón o Ceres son invocados en repetidas ocasiones a lo largo de la Jornada Segunda⁶. Acaso dicha determinación pudiera tener relación con el origen que el ya citado Antonio de Guevara (1541: 11v) apunta de que “Numa[n]cia fue fundada por nu[m]ma pompilio, segundo rey q[ue] fue de lo[s] romanos, en el año cincue[n]ta y ocho de la fundacion de roma [c. 695 a. C.]”. Según dicho autor, los antropónimos eran algo muy usual en la Antigüedad, “assí como hierusale[n] de salen: antiochia de antiochio, costantinopla de co[n]stantino, alexandria de alexandro, roma de romulo, y numancia de numma”.

Si los prolijos prolegómenos hasta el cierre de cerco son insertados en una jornada o acto teatral que la lógica de los hechos secuenciaría en varios días, e incluso semanas, a partir de ese mo-

⁶ *Vide* vv. 561, 634, 670, 773, 782, 787, 810, 829, 864, 868, 962, 1231 y 1928.

mento, las sucesivas jornadas se ajustan a tres días consecutivos. En el primero de ellos, en el que se inserta la Jornada Segunda, se inicia con la reacción numantina ante el fracaso de la embajada. Caravino se reúne con sus asesores, y resume de esta manera su plan de acción antes de que sean consultados los sacerdotes agoreros y el nigromante Marquino:

A nuestros enemigos convidemos
a singular batalla; que, cansados
de este *cerco tan largo*, ser podría
quisiesen acabarle por tal vía
Y cuando este remedio no suceda
a la justa medida del deseo,
otro camino de intentar nos queda,
aunque más trabajoso a lo que creo.
Este foso y a que nos veda
el paso que al enemigo que allí veo,
en un tropel de noche le rompamos
y por ayuda a los enemigos vamos [vv. 573–584]

Como puede apreciarse, al inicio de la Jornada Segunda, Caravino alude explícitamente a un largo cerco, lo que confirma la excepcional temporalidad de la Jornada Primera. Por otro lado, su estrategia es provocar un duelo singular para acabar con el conflicto y preservar las vidas de sus compatriotas. Si los romanos rechazasen el reto, la única solución sería la exfiltración rompiendo el cerco. Uno de sus asesores, Numantino 4º, no duda que la vanidad y engreimiento de los enemigos les llevará a aceptar un reto que es una auténtica trampa dada la magnífica destreza del campeón numantino:

Son los romanos tan soberbia gente
que luego aceptarán este partido;
y si lo aceptan, creo firmemente
que nuestro amargo daño ha fenecido
pues está un numantino aquí presente
cuyo valor me tiene persuadido
que él solo contra tres de los romanos
quitará la victoria de las manos [vv. 617–624]

Durante el resto de la Jornada Segunda los prohombres numantinos se emplean en consultar agoreros y hechiceros y asistir a poco esperanzadores presagios en que se anuncia el fin de Numancia. Guevara (1541: 12v) tuvo que ser la base histórica a este respecto ya que afirma que “grandes clamores hazian los sacerdotes a sus dioses”. Pese al mal fario, Caravino no cede en su propósito y, al comienzo de la Jornada Tercera, esta es la propuesta que le lanza a Escipión:

Un soldado se ofrece de los nuestros
a combatir cerrado en estacada
con cualquiera esforzado de los vuestros,
para acabar contienda tan trabada;
y al que allí le dejen sin la vida amada,
si fuere el nuestro, darésmosle la tierra;
si el tuyo fuere, acábase la guerra [vv. 1162–1168]

Como puede apreciarse, el líder numantino no se viene abajo moralmente pese al mal barrunto. Aleccionador es lo que Leonicio apunta a Marandro en relación a la nigromancia al final de la Jornada Segunda:

Que todas las ilusiones,
quimeras y fantasías,
agüeros y hechicerías
diabólicas invenciones;
no muestres que tienes poca
ciencia en creer desconciertos;
que poco cuidan los muertos
de lo que a los vivos toca [vv. 1197–1104]

Dichos versos bien podría haberlos puesto Cervantes en boca de Caravino a tenor de su conducta posterior, en que, como se ha podido apreciar, no se desvía del plan trazado y, al día siguiente, se encarama a la muralla para retar a Escipión. Ante la negativa del general romano, esa misma jornada se decide el ataque masivo nocturno a fin de perforar la expugnación romana, operación que es abortada por las mujeres numantinas que recriminan a los hombres cómo les pueden abandonar de esa manera.

Uno de los aspectos que Cervantes introduce en la fábula es la ya mencionada escena en que los romanos son retados a acabar con la guerra mediante un duelo singular. Dicho desafío agudiza el carácter épico de una tragedia en que la ficción se pudo retroalimentar de sucesos históricos anteriores al asedio. Cabe insistir en que la lectura de Cervantes de la crónica de Morales (1574: 108v–109) pudo ir incluso mucho más allá de los capítulos dedicados propiamente al asedio numantino. Así, al principio de la contienda celtíbera, el cronista escribe que Escipión asistía al sitio de Intercacia como legado de Lúculo. Uno de los hechos de lo que se da cuenta era la actitud desafiante de uno de los adalides enemigos que retaba a todo a aquel romano que con él se quisiera batir en singular duelo. Fue él quien recogió el guante, dando cuenta de su adversario. Ello pudo inspirar la escena analizada.

Sin duda alguna, la alteración de la fábula por la introducción del desafío de Caravino a Escipión trastocó la secuencia histórica en que se produce la embajada. La lógica habría sido, siguiendo *grosso modo* el relato histórico, que a principio de la Jornada Tercera, una vez estudiadas las diversas opciones el día anterior, los numantinos hubiesen enviado a los parlamentarios y, ante el fracaso, haber intentado esa noche la ruptura del cerco. Injertar este episodio de un inherente carácter épico, desplazó la misión diplomática a la Jornada Primera, cuando todavía Numancia no ha sido cercada.

Tomando como referencia la crónica de Morales, Cervantes mejoró sustancialmente la conducta de los numantinos, mostrándolos como una sociedad moralmente por encima de la romana. Por ejemplo, Morales (1574: 133v) relata que el fracaso de la misión de paz ante Escipión hizo que “todo el amor de su libertad se les boluio ira y desesperación” y por “esta rauia mataron a[l embajador] Abaro y a los otros” cuatro plenipotenciarios de la misión frente al único que le acompaña en la fábula trágica. Además de que el dramaturgo no da noticia del nombre de dicho embajador, tampoco refiere el desgraciado sino de los parlamentarios. Otro aspecto notable es que en la Numancia cervantina no hay indicio alguno de esclavitud, aspecto que sí que apunta explícitamente

Morales (1574: 133). Pero si algún rasgo denota la superioridad moral numantina es el trato que los hombres dan a las mujeres, ejemplificado por el amor de Marandro y Lira. Mientras que Escipión ha tenido que expurgar las ramera de entre su soldadesca, los profundos sentimientos de Marandro hacia su amada no han sido óbice para menguar en el cumplimiento del deber. Cuando su amigo Leonicio le recrimina estar ensimismado en su amor por Lira y no ser del todo diligente en la defensa de la patria, Marandro le responde de esta guisa:

¿Dejé yo la centinela
por ir donde está mi dama
o estoy durmiendo en la cama
cuando mi capitán vela?
¿Hasme visto tú faltar
de lo que debo a mi oficio,
para algún regalo o vicio
ni menos por bien amar? [vv. 725–732]

Otro aspecto más sustancial en que Cervantes mejora también la imagen de los numantinos es respecto a una cuestión que puede provocar tantos reparos como la antropofagia. Morales (1574: 134) recoge un desesperado episodio en que se comen entre ellos. Así, “apreta[n]doles mucho la ha[m]bre, salieron en tropel para morir todos”. Tras ser rechazados, se retiraron a la ciudad y hasta el fatal desenlace “se ma[n]tuuieron algunos dias despues de los cuerpos, de los q[ue] muriero[n] de las heridas”. Guevara (1541: 12v) incluso va más allá, pintando una situación propicia al horror senequista, ya que “hizieron boto a sus dioses, de ningun dia se desayunar sino co[n] carne de romanos, ni de beber agua no vino sin que primero gustassen y bebiessen un poco de sangre de algun enemigo que ouiessen muerto”. Y según este autor se recreaban en la suerte ante tal “cosa monstruosa fue entonces de ver, como lo es agora de oyr”, llegando al punto “que assi anadaua[n] los numantinos cada dia a caça de romanos, como los caçadores a oxeo de conejos”, concluyendo que “tan sin asco comian y bebia[n] de la carne y sangre de los enemigos como si fuera[n] espaldas y lomos de carnero”. Sin embargo, el tema de la antropofagia está tratado por Cervantes con

muchísimo tacto. El dramaturgo sí que compone un episodio de canibalismo, con el cerco muy avanzado. No se comen a los suyos, siendo las víctimas un grupo de prisioneros romanos:

Y para entretener por algún hora
la hambre que ya roe nuestros huesos,
haréis descuartizar luego a la hora
estos *tristes romanos* que están presos;
y sin del chico al grande hacer mejora,
repártense entre todos, que con éstos
será nuestra comida celebrada
por España, cruel necesitada [vv. 1434–1441]

Aun así, la Numancia cervantina es una sociedad acorde a la ley natural en que dicha práctica, en condiciones normales, habría sido algo abominable. Incluso hay un cierto sentimiento de piedad hacia los enemigos que van a servir de alimento al no denigrar su condición y aludir con un claro énfasis empático a su tristeza. Cabe recordar, además, que el cadáver al que Milbio había dado sepultura y que Marquino devolverá a la vida no había sido devorado por sus compatriotas. En la fábula dramática, los numantinos únicamente consumen carne romana y cuando el panorama es desesperadamente desolador. Ello contrasta con la crudeza con que Morales (1574: 134) insiste sobre la insoportable situación: “auie[n]dose ma[n]tenido algunos dias d[e] cueros cozidos, ya comia[n] carne humana”. Un escenario dantesco, ya que “la pestile[n]cia q[ue] auia recrecido, ayudaua muy apriessa a co[n]sumir los pocos q[ue] en Numa[n]cia quedaua[n]”. Todo un contraste con la gesta de Marandro, una creatura cervantina, que a fin de saciar el hambre de su amada Lira, asaltará las líneas enemigas en busca de pan. Como contrapunto a lo descrito por el cronista, aunque a Lira le “viene tal la hambre” [v. 1479], no por ello procede a la antropofagia de sus familiares. Así se refiere a sus seres queridos:

Mi hermano ayer expiró
de la hambre fatigado
mi madre ya ha acabado,
que la hambre la acabó [vv. 1486–1489]

La respuesta de su enamorado es de lo más categórica:

de hambre no morirás
mientras yo tuviere vida [vv. 1504–1505]

Junto con su amigo Leonicio, Marandro se adentra en las posiciones romanas. Dicha peripecia permite concluir que la duración de la Jornada Tercera y la Jornada Cuarta de la tragedia es de dos días consecutivos. Es en la Jornada Tercera cuando Leonicio, tras haber dejado Marandro a Lira, se ofrece a su amigo para acompañarle en la desesperada incursión. Así responde Marandro:

Pues no puedo estorbarte el ir conmigo,
en el silencio de esta noche oscura
tenemos que saltar al enemigo [vv. 1622–1624]

Como puede apreciarse, la infiltración se da en la noche de la Jornada Tercera. Sintomático al respecto es que al inicio de la Jornada Cuarta, Quinto Fabio informe a Escipión de la alarma creada por “dos numantinos, con soberbia frente” [v. 1744]. Así describe el lugarteniente romano el resultado de la acción:

A las primeras guardas embistieron,
y en medio de mil lanzas se arrojaron,
que libre paso al campo les dejaron.
Las tiendas de Fabricio acometieron,
y allí su fuerza y valor mostraron
de modo que en un punto seis soldados
fueron de agudas puntas traspasados [vv. 1748–1754]

Sin lugar a duda, la proeza es legendaria. Se podría afirmar incluso que es una trampa cervantina a fin de aumentar lo épico de la tragedia. Es bastante inverosímil que estos dos famélicos numantinos tuvieran el suficiente vigor como para trepar por el terraplén, enfrentarse a los centinelas, liquidar al retén que acude

al darse la alarma, matar por lo menos a seis enemigos, acceder a uno de los campamentos y que uno de los dos consiguiera volver moribundo a Numancia.

Un inciso necesario en la gesta de Marandro y Leonicio es situar el incendio provocado por los numantinos a fin de no dejar botín alguno a los romanos. En la fábula, su inicio se sitúa también en la Jornada Tercera como consecuencia de una orden de Teogénes, siniestro que refrenda Morales (1574: 134):

En medio de la plaza se haga un fuego,
en cuya ardiente llama licenciada,
nuestras riquezas todas se echen luego [vv.1426–1428]

En otra fuente utilizada por Cervantes como el cronista Valera (1499: 23) se lee que “la ciudad ardio veynte y dos dias en tal manera que no pudieron los romanos en ella entrar”. De esta manera, la Jornada Cuarta, en que se sitúa la toma de Numancia, se daría más de tres semanas después del inicio de que la ciudad se convirtiera en una pira. Pese a la potencia catártica del prolongado fuego como elemento decididamente purificador, Cervantes lo desestimó. Esta es la sublime ofrenda que hace un moribundo Marandro en brazos de su amada tras su incursión de la noche anterior:

pero mi sangre vertida
y con este pan mezclada,
te ha de dar, mi dulce amada,
triste y amarga comida.
Ves el pan que guardaban
ochenta mil enemigos,
que cuesta de dos amigos
las vidas que más amaban.
Y porque lo entiendas cierto
y cuánto tu amor merezco,
ya yo, señora, perezco,
y Leonicio ya está muerto.
Mi voluntad sana y justa

recíbela con amor,
que es la comida mejor
y de que el alma más gusta.
Y pues en tormenta y calma
siempre has sido mi señora,
¡recibe este cuerpo agora,
como recibiste el alma! [vv. 1836–1855]

En vez de la horrenda a la vez de sencilla solución comerse a los difuntos familiares de Lira para paliar la hambruna, Marandro recurre a una desesperada infiltración en las posiciones romanas a fin de conseguir alimento para su amada. Esta imagen del pan ensangrentado como fruto del sacrificio de la vida por amor, tal y como ha destacado Burk (2012: 13–14), está impregnada, inherentemente, por una connotación eucarística pese a su entorno pagano. Un utópico microcosmos cervantino tan lleno de valores cristianos como tan alejado de su auténtico y horrendo final. Ello ha permitido a Weiner (1997: 64–67) postular acertadamente que los numantinos surgidos de la pluma cervantina son el poso de una España imperial como una especie de Nueva Israel. Una vez los españoles devengan paladín de la Cristiandad, reyes como Fernando el Católico, Carlos I y Felipe II serán, cual Abraham, Isaac o Jacob, los modernos patriarcas del pueblo elegido.

En el pasaje anteriormente transcrito, Marandro cuantifica en ochenta mil el número enemigos, cifra en la que coincide en una escena anterior su amada Lira [v. 1841]. Ninguna fuente, ni primaria, ni secundaria, habla de ese volumen de tropas asediadoras. Tan sólo se ha encontrado dicho guarismo en Garibay (1571: 185) quien alude a la “guerra co[n] el pueblo Romano en quatorze años, en que mataron mas de ochenta mil enemigos”. De ello se inferiría un lapsus de Cervantes, ya que la cifra se ajusta a las bajas sufridas a lo largo de toda la guerra.

Tal y como ya he expuesto en otros trabajos, *La Numancia* es una recreación histórica a la que la yuxtaposición de una trama alegórica sirve para hacer una diagnosis política de la España de Felipe II. El principal reto al que España tiene que hacer frente para seguir siendo el paladín de la Cristiandad es fortalecer

su unidad política. Sin duda alguna, las conclusiones de Morales (1574: 135) –coincidentes con lo adelantado por Garibay (1571: 185) tres años antes– son el núcleo ideológico sobre el que Cervantes hilvanó el relato de la Antigüedad con el momento político en el que su genial pluma creó tan maravillosa tragedia. Morales es explícito y agudo al analizar el desgraciado final numantino. Para fundamentar sus conclusiones acude a Paulo Orosio, quién recoge el testimonio de Tyreso, un líder celtíbero, a quién Escipión preguntó cuáles eran a su juicio las claves de su éxito militar. Su interlocutor “sin dudar mucho le respondió. Con la co[n]cordia se ma[n]tuuo y co[n] discordia perecio”. Abundando en el asunto, Morales refuerza la idea apoyándose también en la opinión de Estrabón, quien concuerda en que la clave de todo fue “estar los Españoles repartidos, en chicas co[m]pañias, pare[n]telas y gouuernos”. Cervantes pone en boca de Teógenes dicha reflexión:

No sólo a vencernos se despiertan
los que habemos vencido veces tantas;
que *también españoles se conciertan*
con ellos a segar nuestras gargantas.
Tan gran maldad los cielos no consientan;
con rayos yeran las ligeras plantas
que se mueven en *daño del amigo*,
favoreciendo al pérfido enemigo [vv. 545–552]

En la fábula cervantina no hay una sola mención por parte de Escipión o de sus oficiales adjuntos a la llegada contingentes indígenas que se hubieran sumado a las tropas romanas. Sin embargo, las palabras de Teógenes son una nueva prueba de que Cervantes tenía en mente el relato de Morales (1574: 132v), en este caso en el pasaje en que el general romano “embio a pedir mucha gente de socorro a muchas partes de España”. Mucho más importante que la noticia es la conclusión aportada por el cronista: “no podían ser vencidos los Españoles, sin que Españoles ayudassen a vencerlos”. Esta es la lección principal que se deriva de la Antigüedad y que el dramaturgo quiso introducir en la política española dieciocho siglos después.

4.

A modo de colofón

Si en cuestiones estilísticas, Cervantes, al igual que algunos dramaturgos contemporáneos, transitó por nuevas veredas, sustancialmente, se atuvo a la esencia filosófica aristotélica. Ante una fábula teatral que recrea un hecho histórico, como es el caso de *La Numancia*, la poética estagirita (1451a–b) es aleccionadora. Define claramente que la “distinción entre el historiador y el poeta no consiste en que uno escriba en prosa y el otro en verso”. La esencia de la poética no es el continente, ya que considera que “se podrá trasladar al verso la obra de Herodoto, y ella seguiría siendo una clase de historia”. Aristóteles concluye que la “diferencia reside en que uno relata lo que ha sucedido, y el otro lo que podría haber acontecido”. Sansón Carrasco se transforma en su trasunto en *El Quijote* [II, III] cuando afirma que “el poeta puede cantar o contar las cosas, no como fueron, sino como deberían ser; y el historiador las ha de escribir, no como deberían ser, sino como fueron”. Cervantes había interiorizado dicha lección. Una enseñanza que concluye en que “la poesía sea más filosófica y de mayor dignidad que la historia, puesto que sus afirmaciones son más bien del tipo de las universales, mientras que las de la historia son particulares” (1451b). Pero eso ya es harina de otro costal.

Bibliografía

- Álvarez Martí-Aguilar, M. (1997): “Modelos historiográficos e imágenes de la antigüedad: *El cerco de Numancia* de Miguel de Cervantes y la historiografía sobre la España antigua en el siglo XVI”. *Hispania antiqua* 21: 545–570.
- Andrés, C. (1998): “Figuras alegóricas y teatralidad en la obra dramática de Cervantes”. En: A. Bernat (ed.), *Actas del Tercer Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Palma de Mallorca: Universidad de las Islas Baleares, 545–557.
- Aristóteles (1974), *Poética* Madrid: Gredos.
- Baras Escolá, A. (2009): “Estudio preliminar”. En: M. de Cervantes, *Tragedia de Numancia*. Zaragoza: Prensas Universitarias, 13–54.

- Burk, R. L. (2012): “*La Patria consumida: blood, nation, and Eucharist in Cervantes’s Numancia*”. *Journal of Spanish Cultural Studies* 13: 1–19.
- Canavaggio, J. (2000): *Cervantes, entre vida y creación*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- Cervantes, M. de (2003): *Comedia del cerco de Numancia*. Biblioteca Nacional de España, mss. 15000. [1605] *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*. Madrid: Juan de la Cuesta. [1605] *Segunda parte del ingenioso cauallero don Quixote de la Mancha*. Madrid: Juan de la Cuesta. [1614] *Viage del Parnaso*. Madrid: Viuda de Alonso Martín. [1615] *Ocho comedias, y ocho entremeses nuevos, nunca representados*. Madrid: Viuda de Alonso Martín.
- Cortadella, J. (2005): “La *Numancia* de Cervantes: paradojas de la heroica resistencia ante Roma en la España imperial”. En: C. Park (ed.), *Actas del XI Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Seúl: Universidad Hankuk de Estudios Extranjeros, 557–570.
- De Armas, F. (1998): *Cervantes, Raphael, and the Classics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Esteban Naranjo, S. (2016): “*Tragedia de Numancia* de Miguel de Cervantes: edición crítica y fuentes”. Tesis doctoral inédita dirigida por F. Sevilla presentada en la Universidad Autónoma de Madrid.
- Fernández Álvarez, M. (2005): *Cervantes visto por un historiador*. Pozuelo de Alarcón: Espasa-Calpe.
- Floro, L. (1550): *Compendio de las catorze decadas de Tito Liuius Paduano, principe de la historia Romana escrito en latin por Lucio Floro, y al presente traduzido en lengua castellana*. Argentina: Agustín Frisio.
- Fradejas Lebrero, J. (2005–2006): “La Isabela (tragedia de Lupercio Leonardo Argensola)”. *Archivo de filología aragonesa* LXI–LXII: 219–299.
- Froldi, R. (2005): “La *Alejandra* de Lupercio Leonardo de Argensola”. En: B. Pellistrandi, C. Couderc, J. Canavaggio, *Por discreto y por amigo*. *Mélange offerts à Jean Canavaggio*. Madrid: Casa de Velázquez, 253–260.
- Garibay, E. de (1571): *Los XL libros del compendio historial de las Chronicas y uniuersal Historia de todos los reynos de España*. Amberes: Cristophoro Plantino.
- Giuliani, L. (2009): “Las tragedias de Lupercio Leonardo Argensola”. En: L. L. Argensola, *Tragedias*. Zaragoza: Prensas Universitarias, VII–CCXXXI.
- Guevara, A. de (1541): *Libro primero de las epístolas familiares. Ay en este epistolario cartas muy notables, razonamientos muy altos, dichos muy curiosos, y razones muy naturales. Ay exposiciones de algunas figuras, y de*

algunas auctoridades dela sacra escriptura affaz buenas para predicar, y mejores para obrar. Ay muchas declaraciones de medallas antiguas, y de letreros de piedras, y de epitaphios de sepulturas, y de leyes y costumbres gentiles. Ay doctrinas, exemplos y consejos, para principes, caualleros, plebeyos, y ecclesiasticos; muy provechosos para immitar, y muy aplazibles para leer. [s.e], [s.l.].

- Haverbeck, E. (1988): “El Arte Nuevo de hacer comedias, una nueva estética teatral”. *Documentos Lingüísticos y Literarios* 14: 7–17.
- Kahn, A. M. (2008): *The Ambivalence of Imperial Discourse: Cervantes’s “La Numancia” Within the “Lost Generation” of Spanish Drama (1570–1590)*. Berna: Peter Lang.
- Laffranque, M. (1967) : “De l’histoire au mythe: A propos du *Siège de Numance* de Cervantes”. *Revue Philosophique de la France et de l’Etranger* 92, 271–296.
- Morales, A. de (1574): *La Coronica [sic] general de España. Prossiguiendo adelante de los cinco libros, que el Maestro Florian de Ocampo Coronista del Emperador don Carlos V dexo escritos*. Alcalá de Henares: Juan Iñiguez de Lequerica.
- Morales, A. de (1575): *Las antigvedades de las ciudades de España. Con vn discurso general donde se enseña todo lo que a estas aueriguaciones pertenece, para bien hazerlas y entender las antigvedades*. Alcalá de Henares: Juan Iñiguez de Lequerica.
- Palacín, G. B. (1952): “¿En dónde oyó Cervantes recitar a Lope de Rueda?”. *Hispanic Review* 20: 240–243.
- Salazar y Castro, L. (1697): *Historia genealogica de la Casa de Lara justificada con instrumentos; y escritores de inviolable fe, por don Luis de Salazar y Castro, Comendador de Zurita y Fiscal de la Orden de Calatrva, de la Camara de S.M., y su Cronista Mayor*, t. 2. Madrid: Imprenta Real.
- Sepúlveda, J. G. de (1780): *Opera cum edita, tum inedita, accurante Regia Historiae Academia. Volumen Tertium*. Madrid: Imprenta de la Gazeta.
- Shivers, G. (1970): “La historicidad de *El cerco de Numancia*, de Miguel de Cervantes Saavedra”. *Hispanófila* 39: 1–14.
- Timoneda, J. de (1573): *Rosa gentil. Tercera parte de romances que tratan de hystorias romanas y troyanas*. Valencia: Juan Navarro.
- Valera, D. de (1499): *La cronica de Hyspaña*. Salamanca: Juan de Porras.
- Wiener, J. (1997): “La Numancia de Cervantes y la Alianza entre Dios e Israel”. *Neophilologus* 81, 63–70.